

# Primer capítulo

UNA BORRACHERA DE «N. P. U.» DE P. P. Y W.

## 1. Aspecto general que ofrecía cierto automóvil en marcha la noche del 3 de marzo

*En un rincón del coche, el marqués lloraba tumultuosamente y sin ruido.*

\*

*En otro rincón del coche, Palmera Suaretti taconeaba el suelo con impaciencia.*

\*

*Ante el volante, Miguel, el chauffeur, se abismaba en la tarea de la conducción.*

\*

*Y junto al chauffeur, Adelita, la doncella, callaba con los ojos fijos en el parabrisas.*

\*

*En el parabrisas los cepillos automáticos limpiaban los sinuosos regueros de lluvia que iban dibujándose en el cristal.*

\*

*En el búcaro un puñado de clave- Y en el motor, el delco producía la  
les de Córdoba se inclinaba como si chispa, cumpliendo fielmente su  
buscase un objeto caído. obligación diaria.*

\*

\*

*Y de resultas de todo aquello, el auto ro-  
daba por el asfalto vertiginosamente.*

\*

## **2. La primera «vedette» del Teatro de la Revista se retira a su domicilio**

A la una y media de la madrugada —meridiano de Greenwich—, a esa hora febril para las grandes ciudades en que tanto se intensifica en los cafés el resplandor de las lámparas eléctricas y la demanda de chocolates con picatostes, Palmera Suairetti, la primera *vedette* del Teatro de la Revista (Gran Avenida, número 5. Hay telón metálico), se retiraba a su domicilio en el «dieciséis cilindros» del marqués del Corcel de Santiago.

En realidad, acaso no pueda decirse con excesiva certeza que fuese la una y media en punto.

Entra en lo posible que hubieran dado ya las dos o las dos y cuarto...

O tal vez estaban muy próximas las tres de la madrugada...

O quizás eran ya más de las tres...

Pero desde luego tampoco sería aventurado afirmar que hubiesen dado las cuatro.

Las primeras *vedettes* no acuden puntualmente a ningún sitio, pues todas las cantidades de puntualidad de que les proveyera la Naturaleza al nacer, las consumen en sus *salidas* a escena y en sus peloterías con el empresario. Y mientras es éste el

que fija el horario de las primeras, son ellas mismas las que le fijan al empresario el horario de las segundas.

Al detenerse el auto, Adelita, la doncella, saltó a tierra y se apresuró a abrir la portezuela correspondiente al lado derecho.

El sereno —Melecio López, superviviente del Barranco del Lobo y de más de cuatro mil borracheras de monóvar— estaba ya habituado al regreso de la señorita Suaretti, regreso que se verificaba todas las noches del año a la misma hora, que nunca nos atreveremos a fijar exactamente, y acudió presuroso, con ese gesto de matón andaluz que va a sacar la faca, tan peculiar de los serenitos.

Y entonces, a la luz del farolito pudo verse que la portezuela del coche estaba coronada en oro:



y que más abajo estaba escudada en esmaltes:



datos que les conviene no olvidar a los lectores entusiastas de la heráldica.

Un caballero se apeó del auto y se reunió en la acera con la doncella y el sereno. Era bastante más alto que el sereno y mucho más feo que la doncella. Si no tenía cincuenta años, lo fingía por modo admirable. Llevaba un pañuelo en la mano y lloraba silenciosamente, pero con profundísima convicción. Se enjugó una lágrima —«una furtiva lágrima»—, le tendió las manos a Palmera Suaretti, que continuaba dentro del automóvil, y dijo entre dos sollozos:

—Anda, baja, Palmerita...

Hubo una pausa.

Luego un tenue hilito de voz femenina zurció una respuesta desde las oscuridades del coche. En realidad no se oyó la frase, que debía de ser una desoladora negativa:

—...!

—¿Cómo? —indagó el caballero siempre con la garganta estrangulada por su congoja.

—...!

—Pero ¿por qué eres así, nenita mía? ¿Por qué te obstinas en hacerme sufrir? ¿No te conmueve mi llanto? —susurró él, metiendo medio cuerpo dentro del vehículo y llorando otra vez a discreción.

—... harta!

—¿Que estás harta de mí?

—... la coronilla!

—¿Y por qué no bajas?

—... quiero!

—¿Por qué?

—... la gana!

—¡Válgame Dios! ¡Válgame Dios, Palmera!... Sé razonable por lo que más quieras, cielo mío. Sé razonable.

—... espárragos!

—Pero ¿es posible que tú me digas eso?

—... la porra!

Otra pausa.

El marqués se enderezó, se quitó el sombrero, agitó con dolor inmenso la cabeza, que presentaba una calva tan inmensa como su dolor, y se rompió el pecho y la laringe en un sollozo tan inmenso como su dolor y como su calva.

—Esto va a ser la causa de mi muerte... ¡La causa de mi muerte! —se le oyó confesar hiposamente.

El sereno se le acercó solícito, pero desbordante de la superioridad de quien conoce a fondo la situación:

—Vamos, señor marqués, un poco de valor...

Y el *chauffeur*, apoyado en el volante, también dirigió a su amo el auxilio confortador de una oratoria para casos de urgencia.

—Piense el señor marqués en que esto ocurre todos los días. Insista el señor marqués y ya verá el señor marqués cómo la señorita consiente en salir del coche igual que siempre.

—Ya sé, ya sé que esto ocurre todos los días —gemía el aristócrata—, pero mis pobres nervios no pueden resistirlo. Cada vez pueden resistirlo menos... ¡Tú no sabes cómo tengo ya los nervios!

Declaró:

—¡Los tengo hechos cisco!

Especificó aún:

—¡Los tengo hechos polvo!

Enseguida se volvió hacia el sereno lamentándose:

—¡Ay, Melecio! Soy muy desdichado...

Y se abrazó a Melecio, el cual comenzó a dedicarle tiernas palabras dignas de una madre, pero impropias de un empleado del Ayuntamiento.

### 3. Lo que le había ocurrido al marqués hasta que se decidió a llorar por las calles

El marqués del Corcel de Santiago —título pontificio otorgado por el papa Celedonio XXVI a don Ernesto Raburrieta para conmemorar los éxitos de sus caballos de carreras— estaba enamorado de Palmera Suaretti hasta la inflamación del endocardio.

A ciertas edades (de los quince años a los cuarenta y de los cuarenta a los ciento diez) cuando el amor ataca, lo hace con gases asfixiantes y es pueril intentar resistir el ataque.

Ni los ataques pueden resistir al amor ni las demás personas pueden resistir a los ataques.

Un hombre que se enamora es siempre un imbécil elevado al cubo. Cuando se trata de un individuo genial, ese individuo escribe *La Divina Comedia* (caso Dante Alighieri) y le amarga la vida para siempre a la Humanidad. Y por el contrario, cuando se trata de un hombre vulgar, ese hombre hace oposiciones a Hacienda, se casa en la parroquia (caso Juan Sánchez) y se amarga la vida para siempre a sí mismo.

*(Esto último es lo más razonable y lo que yo me permito aconsejar a los enamorados.)*

En cuanto al marqués del Corcel de Santiago, don Ernesto Raburrieta y Fernández, había dejado deslizar su vida de la manera menos original que le fue posible.

He aquí su existencia concentrada:

AÑOS DE SU VIDA	OCUPACIONES A QUE SE ENTREGÓ EL MARQUÉS
<i>Desde 1876 a 1887</i>	<i>... Nacimiento, tosferina, anginas, viruelas locas, Primera Enseñanza, Bachillerato, caída desde un árbol, cinco indigestiones, dos cursos de gimnasia sueca y fiebres tifoideas.</i>
<i>Desde 1887 a 1899</i>	<i>... Feliz conclusión del Bachillerato, anginas (segunda vez), primer cigarrillo, primera novia, primera amante, primer caballo de carreras, tres cursos de Leyes, seis suspensos, primera invasión de bacilos de Koch, estancia en un sanatorio, primer premio de carrozas en el Carnaval de 1898, mercurio por culpa de Venus.</i>
<i>Desde 1899 a 1911</i>	<i>... Anginas (tercera vez), boda, orfandad, herencia paterna, herencia materna, ocho días de cama a consecuencia de los dos alegrones, viajes por el extranjero, primer hijo (que se negó a ser campo de experimentación de una futura reacción Wasserman muriendo de un mes), segundo, tercero y cuarto caballos de carreras, construcción formal de las cuadras, cinco caballos más, gripe, viudez, catorce amantes con un desembolso total de novecientas mil pesetas, segunda invasión de bacilos de Koch, estancia en Suiza, manía fotográfica.</i>
<i>Desde 1911 a 1926</i>	<i>... Grandes éxitos de los caballos y del marqués en el hipódromo: los caballos corriendo y el marqués paseando, premio Derby, título pontificio, amantes, anginas (cuarta, quinta, sexta, séptima vez), tardes en el Círculo, comienzo de hiperclorhidria,</i>

*negocios, robo de la cartera en un tren, estacazo de un mozo de cuadra despedido injustamente, partidas de caza, ídem de poker, curva de la decrepitud en el abdomen, claveles rojos en la solapa, persecución furibunda a las niñas de trece años, presidencia de la Liga contra la Inmoralidad, carrera política, popularidad entre los tontos, afición a los teatros de revistas y variedades, asma.*

A fines del año 1926 —en noviembre— el marqués del Corcel de Santiago cometió la torpeza de asistir una noche a la 108.<sup>a</sup> representación de la obra de gran espectáculo titulada *¡Guau-guau!* al Teatro de la Revista, y esa torpeza decidió para siempre su porvenir. Porque allí, en el cuadro tercero de *¡Guau-guau!*, vio por primera vez el cuerpo semidesnudo de Palmera Suaretti, la gran *vedette*,

*(Escribo «semidesnudo», no «desnudo» porque al salir a escena en el cuadro tercero, la vedette llevaba encima cinco pulseras y tres collares.)*

El efecto que la singular belleza de Palmera produjo en el aristócrata no puede describirse más que en una conferencia con proyecciones.

Después de haberse producido una conjuntivitis doble, fruto de permanecer seis cuartos de hora sin pestañear, don Ernesto Raburrieta salió aquella noche del Teatro de la Revista en un estado de verdadero sonambulismo y, cuando se dejó caer en el diván del automóvil, su *chauffeur* se apresuró a sacarlo en brazos y aplicarle duchas con el agua del radiador; luego, y en vista del fracaso, volvió a meterlo en el coche, dio marcha vertiginosamente, le trasladó a una farmacia y le colocó doce y media de inyecciones de aceite alcanforado.

Cuando al fin reaccionó, pudo observarse que el organismo



del marqués funcionaba más deficientemente que nunca; su cerebro principió a hacer *ratés* inverosímiles: le subió el sueldo al *chauffeur*, se suscribió a dos revistas de apicultura y dedicó las tardes a cantar a voz en grito y dando saltitos todo a lo largo de su despacho unos extraños versos:

Somos los mascagomas  
del amor  
y no toleramos bromas,  
¡no, señor!  
Tenemos diplomas  
por ser mascagomas,  
mascagomas, mascagomas del amor.  
¡Del amooooor!...

*(Estas frases cretinas pertenecían al «número» de los «mascagomas del amor», que en el cuadro tercero de ¡Guau-guau! interpretaba todas las noches Palmera Suaretti secundada por veintiocho vicetiples de cuerpos delgados y ojos atónitos.)*

Pero ¿tan hermosa era Palmera Suaretti?, se dirá el lector.

Y diré yo:

—¡Ah, sí lector! Muy hermosa. Hermosísima.

## PARÉNTESIS DESCRIPTIVOS

*(Palmera Suaretti —en la cédula Palmira Suárez— era lo que la gente llama «una mujer distinguida»; es decir: una de esas mujeres que uno distingue muy de tarde en tarde.)*

*(Se merecía —sobre otros— tres adjetivos: hermosa, vanidosa y elegante.)*

*(Disfrutaba de la hermosura de una hermosísima mujer; tenía la elegancia de una elegantísima dama y poseía esa extraordinaria*

*vanidad que sólo se les tolera a las primeras vedettes mientras son jóvenes y a los jefes de estación durante el verano.)*

*(La belleza de Palmera era una belleza pensativa: como la de los lirios. Lo cual no quiere decir que ella acostumbrase a pensar, pues tampoco los lirios acostumbran a pensar y, sin embargo, su belleza es pensativa.)*

*(Tenía la nariz recta; la boca de labios rojos, redondos y abultados, como una gota de lacre; dos ojos verdes,\* en cuyas claras pupilas centelleaban unas chispas áureas. Y al contemplarlos tan verdes y tan húmedos, con sus chispas áureas allá en el fondo, no parecía sino que eran un arroyo limpio en cuyo lecho hubieran encallado dos pepitas de oro venidas de lo alto de las montañas.)*

Dispensen ustedes, pero cuando se trata de hacer la descripción de una mujer linda no hay más remedio que decir las tonterías propias de los novelistas consagrados, siquiera sea frotándolas enérgicamente con la lija de la inteligencia.

ACLARACIÓN  
INELUDIBLE

*(En fin...)*

*(Para acabar con ellos dándoles la importancia que realmente tenían, es preciso reproducir aquí los ojos de Palmera.)*

*(Eran así, poco más o menos:*



*sólo que, claro, en colores.)*

\* Tan verdes como las obras que se representaban en el Teatro de la Revista.

*(Por aquellos días Palmera Suaretti había cumplido los treinta años, pero no los representaba; no los representaba en la calle, ni los representaba en el escenario, lo cual era lo más notable, porque allí solía representarlo todo.)*

*(Pesaba setenta y dos kilos y nadie se lo hubiera supuesto.)*

*(Parecía mucho más delgada y mucho más joven.)*

*(Era una mujer que «engañaba».)*

Como tantísimas mujeres.

*(A este no representar su edad contribuía seguramente la esbeltez exquisita de sus líneas. Porque su cuerpo era esbelto como un acueducto romano y cuando —al bañarse— el agua corría en alegre libertad por aquel cuerpo, su parecido con un acueducto resultaba indiscutible.)*

*(Sonreía Palmera con la gracia de los ángeles que pintó Jones con la picardía de los prestamistas a que recurrió Zorrilla; andaba de ese modo ondulante, privativo del tigre —y del gato, su hijo político—, y los movimientos que ejecutaba a diario, rápidos, imprevistos y calculados, recordaban los movimientos de la Bolsa. Finalmente: cantaba y bailaba tan putrefactamente mal como otra cualquiera vedette.)*

*(Todos los meses pagaba en cheques a Nicolás Levitsky, de Oremburgo; a Redfern y a Ginnette, de París; a Samuel Colmar, de Berlín; a Stewartz, de Praga, y a Richard Hubbets & Co., de Sidney. Y como consecuencia de estos puntuales pagos, Palmera se envolvía en las pieles más soberbias, vestía las toilettes más sorprendentes, se tocaba con los sombreros más envidiables, pisaba con los zapatos más sutiles, se humedecía con los perfumes más enervantes y enfriaba su carne con los diamantes más diáfanos.)*

*(Y se creaba entre las mujeres las enemistades más salvajes. Aunque esto último la importaba a ella menos que los trabajos del matrimonio Curie.)*

*(En cuanto a la inteligencia de Palmera Suaretti... Su inteligencia...*

*Pero, bueno, ¿para qué hablar de cosas irreales, verdad?)*

## FIN DE LOS PARÉNTESIS

Se comprenderá ahora el enamoramiento fulminante del marqués del Corcel de Santiago.

A los seis días y seis noches de recorrer su despacho cantando y dando saltos, don Ernesto Raburrieta y Fernández decidió comunicarle a Palmera Suaretti lo que sucedía dentro de su corazón.

¿Dentro de su corazón?

Bien sí; dentro de su corazón. (Tampoco debemos despojar a ciertas vísceras de aquella importante misión para la que no fueron creadas, pero que cumplen por la fuerza tradicional.)

El marqués hizo lo que hacen siempre los bobos en tales casos:

**A.** Fue al Teatro de la Revista (fila cero, número uno) durante dos semanas sin interrupción.

**B.** Envió a Palmera nueve ramos de flores, tres cajas de bombones y una pulsera de zafiros.

**C.** Le envió también una tarjeta que por el anverso era así:

*EL MARQUÉS ES EL CORCEL  
DE SANTIAGO*

y en la que por el reverso se leía:

¿Sería Ud. tan amable que aceptase venir a tomar algo conmigo después de la función?

D. Y por último, le dio una propina gigantesca al acomodador y aguardó febril la respuesta de Palmera.

Respuesta que no se hizo esperar.

La primera *vedette* del Teatro de la Revista le devolvía la tarjeta con el texto del reverso aumentado con unas líneas suyas. Véase:

¿Sería Ud. tan amable que aceptase venir a tomar algo conmigo después de la función?  
Yo después de la función, no tomo más que maguera efervescente.

El marqués del Corcel de Santiago leyó la tarjeta, vaciló sobre sus metatarsos y rompió en un llanto infinito.

Fue la primera vez que lloró por la *vedette*.

Pero el Destino había resuelto que llorase muchas veces más.

El marqués insistió; envió otros ramos de flores y otros bombones y otras pulseras. Por fin, un día Palmera Suaretti consintió en recibirle. El marqués pasó al camerino de la *vedette* con el pulso tan acelerado como el motor de un Junkers que navegase en pleno tifón. Ella le recibió vistiendo lo mismo que cuando salía a escena en el cuadro tercero, pero sin pulseras ni collares. Y al contemplarla de cerca, en toda su blancura

de estepa de Alaska, don Ernesto Raburrieta y Fernández olvidó de súbito el cuarto de millar de palabras castellanas que conocía y se limitó a susurrar:

—Señorita, yo... Señorita, yo... Señorita, yo... Señorita, yo...

Palmera, que se dibujaba ante un espejo la raya final del *maquillaje* de su párpado izquierdo, se volvió con la boca fruncida en un gesto de asco:

—Pero, bueno, señor mío, ¿usted qué es lo que quiere?

Hubo un silencio angustioso, ese instante de silencio que precede a la explosión de las grandes catástrofes. El marqués quiso hacerse comprender, quiso explicarse, quiso denunciar a Palmera la existencia de aquel amor que le había obligado a dar tantos saltos por su despacho, mas no pudo hacer nada de eso. El instinto, que suple a la razón en el cerebro de todos los animales y en particular en el de algunos ancianos aristócratas, le decía bien explícitamente que Palmera Suaretti no sería jamás para él, hiciese lo que hiciese y ocurriera lo que ocurriera.

Entonces el marqués agitó sus brazos como un específico, se dejó caer en un diván y emprendió una llantina inacabable.

Fue la segunda vez que lloró por la Suaretti.

\* \* \*

Hay amores que encuentran una válvula de escape en el odio; otros encuentran una válvula de escape en la lujuria; otros, en el crimen pasional; otros, en el misticismo; otros, en la orgía continua; otros, en una nueva pasión. El amor del marqués encontró una válvula de escape en el llanto, en un llanto de todos los días.

Palmera le había desengañado bien pronto:

—¿Yo amante de usted? —le dijo una tarde—. No, gracias. Estoy harta de viejos; son tan celosos, tan intransigentes,

tan fatuos y tan tacaños como los jóvenes, con la diferencia en contra de que, al llegarle a la mujer los momentos de apetito, en lugar de satisfacerse, le abren más las ganas de comer y encima le prohíben *pedir la carta*.

Jugueteó con uno de sus brazaletes, fabricado con torcidas de plata, y agregó:

—Un joven es siempre un *beefsteak* y un viejo es siempre un *vermouth*. El *beefsteak* y el *vermouth* acaban produciendo por igual la dispepsia; pero al menos, el *beefsteak* sosiega y calma el hambre, mientras que el *vermouth* lo excita y aumenta.

Confundido de aquel modo con un Torino, al marqués se le inundó el alma del *bitter* de la tristeza.

—Si yo fuese joven... —aventuró, acaso pensando en *Fausto*.

—Si usted fuese joven, entonces le diría que prefería a los viejos. Porque no creo que por ser joven dejase de ser tonto.

Era la última puñalada... y la tercera vez que el marqués lloró.

En adelante ya, lloraría diariamente; estaba escrito, como *Las huérfanas de Bruselas*.

Iba a ver a Palmera a todas horas; se pasaba tardes y noches enteras sentado en un rinconcito del camerino, haciendo juego con un elefante de marfil, un buda de jade y un jarrón de *wei-hai-wei* (legítimo) que adornaban los tres rincones restantes; la invitaba a almorzar y a comer y a tomar el aperitivo, iba a buscarla al teatro para llevarla a casa y se presentaba en su casa para trasladarla al teatro. Y siempre: en el camerino, en la calle, en los *restaurants*, en las cervecerías y en el automóvil, el marqués contemplaba extasiado a Palmera, pensaba en la imposibilidad de lograrla y lloraba, lloraba...

Sus mejillas, goteando continuamente, parecían las paredes de un túnel.

A primeros de diciembre, suplicó con insistencia a la Suaretti que le permitiera atender a sus gastos.

—No es que pida nada, no... —explicó humilde—. Pero puesto que eres la dueña de mi alma, sé también la dueña de mi cuenta corriente...

Y Palmera se sacrificó.

(¡Oh! Nadie como las mujeres sabe sacrificarse cuando llega el caso.)

Y todas las facturas —esos arcabuzazos de la Edad Moderna— fueron ya dirigidos al marqués.

Y el marqués expelió, además de lágrimas, billetes de mil pesetas.

Mas no por ello avanzó una pulgada en la consideración de la *vedette*; al contrario: Palmera se sentía tan aburrída de aquel llanto sin fin que trataba al marqués igual que tratan los futbolistas al balón. Trato que aumentó indeciblemente la pasión del aristócrata.

Porque sólo hay una cosa que reúna mayores cantidades de bestialidad que un hombre: otro hombre. (AXIOMA DE EUCLIDES.)

Don Ernesto, como todos los «príncipes» de la sangre que frecuentan los teatros de variedades y de revistas, tenía cara de tendero de ultramarinos.

Nada en su exterior hacía suponer que fuese un noble, por lo cual Palmera, que ya se ha dicho que era vanidosa, no le llamaba *Ernesto*, ni *don Ernesto*, ni *Raburrieta*; le llamaba *marqués*.

—Marqués: envíame el coche mañana.

—Marqués: átame ese zapato.

—Marqués: te agradecería que no volvieras por aquí en un mes y medio.

—Necesito diez trajes para la obra nueva, marqués.

—He visto un aderezo divino, marqués.

—Cómprame un sello de aspirina, marqués.

Y el día 6 de enero, a la hora del almuerzo, le dijo:



—Todavía no te he contado mi vida, marqués. Es muy interesante. Es casi una novela...

Pero no era nada interesante, y el que hubiera escrito con ella una novela habría tenido que invertir la edición en la confección de cucuruchos para despachar aceitunas.